ESPAÑA PINTORESCA.

VISTA DE LA VILLA DE ALMODOVAR DEL RIO.

La villa de Almodovar, llamada del rio por su proximidad al Guadalquivir, para distinguirla de otras poblaciones del mismo nombre, está situada á la orilla derecha de éste, en la ladera oriental de un elevado cerro, cuatro leguas al O. S. O. de la ciudad de Córdoba.

El nombre de esta villa es árabe corrompido de *Hisn-modovar*, que segun unos, quiere decir *castillo redondo*; segun otros *fortaleza de las tiendas ó de las saetas*; mas no conviniendo ni á este ni á los demas castillos que asi se nombraron en tiempo de los árabes la primera interpretacion; siendo demasiado peculiar la segunda, y muy comun y general la tercera, todas nos parecen infundadas; mas sospechamos llamaron asi los árabes á todas las fortalezas notables por su posicion ventajosa, pues acaso pueda la denominacion *Hisn-modovar* traducirse por la castellana *castillo seguro* ó cosa equivalente, sobre lo cual nos remitimos á los inteligentes en aquel idioma.

Cuando los árabes tomaron á Córdoba, tres millas al Occidente de esta ciudad habia una poblacion llamada Séguda, de que hace mencion la obra que lleva el título de *el moro Rasis y el arzobispo D. Rodrigo*; creemos, pues, que esta poblacion, que segun parece estuvo situada en el cortijo nombrado Villa-rubia, donde se encuentran ruinas de edificios, debe reducirse á Almodovar; pues fundado su castillo por los árabes, parece probable se fuese poco á poco trasladando la poblacion al sitio de Almodovar, buscando, segun era comun entonces, el abrigo de la fortaleza.

Esta villa permaneció en poder de los moros cuatro años despues de la conquista de Córdoba, habiéndose entregado *por pleitesía* al santo rey D. Fernando en 1240.

Desde este tiempo estuvo Almodovar sujeta á la jurisdiccion y señorío de Córdoba hasta el año de 1629 en que el rey D. Felipe IV la vendió con la alcaidía del castillo á D. Francisco del Corral y Guzman, caballero del orden de Santiago y señor de la villa de la Reina.

El castillo domina perfectamente la poblacion, pues el cerro en que está situado tiene unos 255 pies de alto, y su núcleo es una grande roca, como se descubre por varias partes, especialmente por la del rio, y la subida es agria y trabajosa. Fue, como ya indicamos, construido por los árabes y reedificado despues de la conquista de la villa, en cuya ocasion fue colocado en el lienzo interior del lado del mediodia el escudo de Castilla y de Leon. Esta fortaleza incluye una plaza en que se encuentra como un almacen subterráneo que algunos han creido ser una mina, y las paredes como de dos algibes ya cegados. Los muros están casi deruidos.

Desde la esquina situada entre Oriente y mediodia sale un arco como de doce pies de largo y nueve de ancho, por el cual se pasaba á la torre y ahora está horadado en el centro, por lo que no se puede entrar en ella sin peligro de precipitarse. Tiene esta torre de alto 102 pies, y está muy bien conservada en lo esterior, aunque le faltan los canes de las ventanas y las almenas y garitas, y en lo interior es la que tiene mejores piezas. En la parte inferior tiene un subterráneo en cuya bóveda se ve una argolla de que pende una cadena. Dentro de la plaza hay otras cuatro torres casi arruinadas de menor altura que la primera: tres son esquinadas y una redonda. Parece que aun habia dos mas: de una han quedado dos medios lienzos y la otra ya no existe. La cava ó foso aun se distingue por la parte de Oriente.

Era esta fortaleza tan inexpugnable y famosa en tiempo de los árabes, que el rey Aben Mahomad de Baeza buscando asilo donde refugiarse de los suyos que habian resuelto matarle por la entrega que habia hecho de varias plazas y castillos al rey D. Fernando el santo por los años de 1228, desde Baeza se dirigia á este castillo; pero los suyos que le siguieron ó los cordobeses dieron sobre él antes que llegase y le cortaron la cabeza.

El rey D. Pedro el Cruel tuvo presa en este castillo á Doña Juana de Lara, señora de Vizcaya, mujer de su hermano D. Tello, á la que poco despues mandó quitar la vida en Sevilla. El mismo rey D. Pedro habia elegido esta fortaleza para custodiar sus tesoros.

El rey D. Enrique III, despues de haber tenido pre-

so á su tio D. Fadrique, duque de Benavente, hijo natural de su abuelo D. Enrique II y de Doña Leonor Ponce de Leon, en el castillo de Burgos y en Monreal, últimamente le mandó poner en este castillo, donde murió.

Mientras duraban las revueltas ocurridas en Córdoba entre los adictos al rey D. Enrique IV, y los partidarios de su hermano el infante D. Alonso, cuando ya se habia conseguido que hubiese entre ellos alguna concordia, el conde de Cabra se apoderó de la fortaleza de Almodovar, desde donde hacia gran daño á la ciudad, y por medio de los caballos de que tenia llena la campiña, impedia el comercio y comunicacion, con cuyo motivo volvió á alborotarse Córdoba, y á cometer sus violencias don Alonso de Aguilar que seguia el partido del infante.

Aunque Almodovar es tenida por poblacion de orígen árabe, y no hay noticia de que en su sitio ó contornos la haya habido en tiempo de los romanos, se encuentran sin embargo algunas antigüedades del tiempo de estos en sus inmediaciones que inducen á creer hubo en aquellos lugares alguna poblacion, aunque, como de otras muchas, no haya quedado memoria. Por los años de 1829, en el barrio llamado del Santo por estar allí la ermita de San Sebastian, se encontraron varios sepulcros y en ellos algunas vasijas de barro; mas en uno de ellos, lo que es de notar, hasta una docena de botecitos de vidrio bastante fino como de cuatro pulgadas de alto, cubiertos de un barniz dorado, ya destruido por partes, de figura esférica y con proporcionado cuello, que exhalaban un olor aromático. Todos fueron destruidos hasta no quedar ya mas que uno que tenemos á la vista.

En la casa llamada del Perul, que está en parage bastante elevado de la poblacion, haciendo obra se han hallado varias ánforas de cinco cuartas de alto, muy gruesas y pesadas, de la figura siguiente.

En el sitio llamado el Sotillo, que dista de Almodovar tres cuartos de legua, á la orilla izquierda del rio se encuentran en gran número ánforas sin cocer semejantes á la anterior, por lo que se cree hubo allí alguna alfarería. Tambien se encuentran ánforas de igual clase en el cortijo del Temple, heredad que perteneció á los caballeros templarios.

En el cerro de San Cristobal, que no dista mucho de la poblacion, se encuentra una sala subterránea, que ya con los escombros de sus paredes y tierra que le cae se va cegando: en la posesion del Alamillo, cerca del Higueron, se conserva un pedazo de edificio muy antiguo construido de ladrillo; y finalmente en el sitio llamado San Ildefonso, que ahora es un olivar y encinar que dista medio cuarto de legua al N. N.-E. de Almodovar, se encontró en una ocasion cerca de un arroyo que nace en la misma heredad gran cantidad de sillares y un pavimento de argamasa.

Tales descubrimientos persuaden que por estos sitios hubo poblacion ó poblaciones en tiempo de los romanos, si bien nos queda alguna duda de que las ánforas sean obra de estos ó de los árabes.

Por bajo del castillo y en su ladera oriental se halló el año de 1826 en un cercado de tierra calina una pieza subterránea con boca ó entrada por la parte superior, la cual estaba tapada con un ánfora y una losa. Dentro de esta pieza, que tenia de hondo mas de doce pies y un poyo á uno de sus lados, se encontró un cadáver con una espada: no hemos podido saber mas circunstancias de este descubrimiento; pero sí que el subterráneo fue macizado con piedras en seguida que lo descubrieron. Este enterramiento pertenecia sin duda á tiempos posteriores á la conquista.

El rio, que pasa lamiendo el cerro, á cuya falda está situada la poblacion; las muchas huertas abundantes de agua que la rodean; la estensa llanura que tiene á su frente por la que se dirige el camino de Córdoba; los azulados montes de la Sierra Morena que se eleva á su lado y de que es un estribo el cerro que la domina; todo esto contribuye á hacer muy amenos y divertidos los contornos de esta villa.

LUIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

ARTES DE IMITACION

MUSICA.

Este arte delicioso, encantador; este arte, cuya poderosa influencia sobre las costumbres no puede ponerse en duda porque la historia escrita y tradicional nos la presenta desde remotos siglos como uno de los medios mas poderosos para inspirar á los hombres el espíritu de sociabilidad; este arte, repetimos, va ocupando rápidamente en España el lugar que de justicia le corresponde, y ha obtenido siempre en todos los pueblos civilizados.

No se entienda por esto que no ha sido cultivada antes de ahora la música en nuestra patria con éxito feliz: lejos de eso podemos presentar comprobantes de la importancia que llegó á adquirir desde principios del siglo XVI entre nosotros, y de su animosa competencia con la música italiana del mismo siglo. Si alguno dudase de esta verdad, bastaria á nuestro propósito citar el nombre sobrado célebre de *Bartolomé Ramos*, natural de Baeza, maestro de música en Bolonia despues de haberlo sido en Salamanca, y autor de un tratado de música escrito en lengua latina. Citaríamos igualmente á Francisco de Tovar, autor de dos obras en castellano tituladas *Arte de canto llano*, *contrapunto y de órgano*, y *Entonaciones corregidas segun el uso de los modernos*. Hablaríamos tambien de *Diego de Ortiz Toledano*, que escribió en lengua italiana *Il primo libro delle glosse sopra le cadenze*. Y por último, deteniéndonos á designar nominalmente á cuantos ilustres profesores de música enriquecieron, así nuestras catedrales como las de Italia y aun la capilla pontificia, haríamos mencion de Cristóval Morales, natural de Sevilla, nombraríamos con él veinte y dos profesores españoles que en el mencionado siglo for-

maban la capilla del Pontífice romano, concluyendo por el nombre de Francisco Salinas, quien sin embargo de haber quedado ciego en su niñez, fué tan prodigioso en la música, que no tuvo igual, tanto en la teoría como en la práctica. Asi lo asegura Andrea Scoto, que le conoció, con estas palabras literales: «*in Theoretica, et practica Musica ætate sua parem non habuit.* Este hombre singular compuso siete libros de música, llenos de erudicion, de lo mas escogido de los antiguos autores griegos y latinos, impresos en Salamanca en 1577, de cuyo paradero no tenemos noticia. Nuestro Ambrosio de Morales en uno de sus escritos encarece todavía mas el mérito de Salinas, diciendo haberle visto y oido, y experimentado tambien los maravillosos efectos de su habilidad; porque ora con el canto, ora con el instrumento, de tal manera enagenaba al auditorio, y tan imperiosamente dominaba en sus sensaciones, que á su arbitrio excitaba en ellos ya el llanto, ya la alegría, ya el terror, produciendo los mismos efectos sorprendentes de la música que tanto han encomiado los escritores de la antigüedad.

Nunca han faltado tampoco en siglos posteriores maestros eminentes en el arte, cuyo mérito contribuia á aumentar la celebridad de nuestras catedrales; pero aun no habia llegado la época de hacerse vulgar, por decirlo asi, la música sublime. Circunscrita á los templos, parecia consagrada únicamente á acompañar, con toda la pompa y solemnidad posibles, las preces que los fieles dirigian al Eterno. El vulgo entonces no acompañaba sus cantinelas populares, ya satíricas, ya amorosas, ya tradicionales, sino con ese género de música festiva y ligera, que si bien patrimonio esclusivo del pueblo, tuvo sin embargo hasta últimos del siglo pasado el privilegio de penetrar en los salones de las clases elevadas. Epoca hemos conocido del siglo presente, en que una guitarra, acompañando los acentos picarescos ó sentimentales de nuestras damas, constituia uno de los principales atractivos de las tertulias españolas.

Mas como en Italia, Alemania, Francia, y generalmente en todos los paises de Europa, iba cundiendo el gusto por los espectáculos líricos á medida que las combinaciones armónicas progresaban, fué preciso que España, olvidando sus *tonadillas* y *zarzuelas*, sustitutos de los antiguos *oratorios sacros*, diese tambien cabida en su suelo á esas magníficas composiciones melodramáticas que, con el nombre de óperas, absorvian la atencion de toda la Europa culta.

Una asociacion formada por personages de alta categoría acometió la empresa de plantear la grande ópera en esta Córte, valiéndose al efecto del teatro llamado de los Caños del Peral, y de compañías que se hacian venir de Italia. Mas los teatros de Madrid, poco á propósito por su reducida capacidad para espectáculos de esa naturaleza, la escasez de recursos en las clases medias para frecuentarlos, y la falta de gusto no cultivado todavía respecto de un género en que el discernimiento y la aficion se aumentaban en razon de la multiplicidad de las sensaciones que aquellos despiertan, fueron causas bastante poderosas para que la empresa se malograse. A pesar de eso fué necesario que el grito de guerra que en 1808 resonó por toda la Península, acabase de auyentar de Madrid la compañía de ópera, de la cual en dicho año era prima-donna la señora Marquesini.

Los sucesos de la guerra de la Independencia produjeron un largo interregno musical, en el que Euterpe permaneció triste y silenciosa, si bien daba algunas señales de vida por medio de las guitarras de que hemos hecho mencion, ó por alguno de los pocos pianos que entonces adornaban los sarsos madrileños.

Por fin, cerca del año 1820 aparecieron en la Corte las señoras Morenos, que desde Italia vinieron á renovar las ya olvidadas sensaciones: regresó del mismo punto á depositar en su patria los últimos restos de su habilidad la célebre Lorenza Correa; y por último vino tambien la señora Sala á despertar completamente el gusto por los grandes espectáculos líricos. Desde entonces ese gusto ha prevalecido con mas ó menos fortuna de los empresarios de los teatros; pero influyendo siempre de una manera muy notable en la educacion fina y delicada de la juventud de ambos sexos, y en su gusto por la armonía.

El estudio de la música se ha hecho, pues, una parte integrante de la educacion; y ha dado márgen á que se aumentase el número de profesores de ese arte, asi como el sobresaliente mérito que los distingue; porque en los sugetos que se dedican á esa profesion ya no se tolera la humilde medianía. La ópera y los conciertos públicos y privados, que ha bastantes años se disfrutan en Madrid, han asegurado de un modo inalterable el predominio que la música debe tener en todo pais civilizado y culto.

Pero no debian de detenerse en esta altura los progresos que la música ha hecho entre nosotros. Era preciso, ademas, pensar en sacudir, por cuantos medios fueran posibles, la dependencia en que esa misma aficion á la música nos colocaba respecto de los extranjeros mas adelantados que nosotros en ella, y de quienes necesariamente habíamos de recibir todos los auxilios indispensables para fomentarla. Este pensamiento grande y eminentemente patriótico dió orígen al establecimiento del real Conservatorio de música y declamacion de esta Corte en vida del último monarca.

Allí, reunidos los profesores que mas se han señalado por su indisputable mérito y por su conocida habilidad en el arte, bien conocidos y frecuentemente aplaudidos del público, dieron principio á esa emancipacion artística, por decirlo asi, y continuan de la misma suerte, formando artistas muy distinguidos, que ó bien trayendo del extranjero las remuneraciones de su habilidad, ó bien economizando en nuestros teatros las que forzosamente habian de darse á estraños artistas, hacen cada vez mas verosimil la posibilidad de poder muy en breve gozar de los magníficos espectáculos á que ya estamos acostumbrados, sin necesidad de que para ello salga nuestro numerario de la Península.

Mas no por eso se habria llenado cumplidamente el grandioso objeto de que tratamos, si al propio tiempo que se fundaba una escuela que pudiera llamarse española, no se procuraba tambien establecer los métodos de enseñanza mas apropiados al intento, sin necesidad de mendigarlos de Italia y Francia. Esta base fundamental de una enseñanza artística, que deseamos llamar con toda propiedad española, la hemos visto plantear felizmente por nuestros mas distinguidos profesores de música. Sin detenernos por hoy á hablar de las producciones y métodos de los señores Carnicer, Saldoni, y otros artistas bien conocidos del público, nos fijaremos con particularidad en el *Método completo de piano* que para el Conservatorio de música y declamacion de esta Córte, ha comenzado á publicar D. Pedro Albeniz, profesor en el mismo establecimiento.

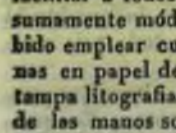
Esta obra, de la cual ha salido á luz el primer cuaderno, está fundada sobre el análisis de los mejores métodos de piano conocidos hasta el dia, asi como en la comparacion de los diferentes sistemas de ejecucion de

los pianistas mas distinguidos de Europa. El Sr. Albeniz, haciendo suyas las mas escogidas doctrinas de estos, tanto respecto de la teoría como de la práctica del arte, y combinándolas con las que sus conocimientos y larga esperiencia le han suministrado, ha conseguido formar un método, por medio del cual, llevando al discípulo de lo menos á lo mas, de lo sencillo á lo dificultoso, y amenizando de tiempo en tiempo la avidez de los preceptos y la continuidad de los indispensables ejercicios, le pone en disposicion y sin fatigar su ánimo, de llegar á la mas completa ejecucion con inteligencia y seguridad. Es de presumir que el resto de la obra corresponderá en un todo al plan que se manifiesta desde luego en el primer cuaderno.

Acreedor se ha hecho el Sr. Albeniz á todo género de elogios, no tan solo por lo acertado de su método, en el cual ha debido emplear mucho tiempo de penosas tareas para comparar multitud de composiciones, métodos y escuelas diferentes, en distintas épocas y bajo distintos gustos; sino tambien por su desprendimiento en facilitar á todos los amantes de la música, por un precio sumamente módico, una obra en cuya publicacion ha debido emplear cuantiosas sumas. Un cuaderno de 80 páginas en papel de marca mayor, acompañado de una estampa litografiada que representa la verdadera posicion de las manos sobre el teclado; la instruccion teórica preliminar que por lo comun se echa de menos en todos los métodos, escesivamente diminutos en esta parte; 460 ejercicios preparatorios; 30 instructivos sobre las variadas combinaciones del solfeo; y otros 10 ejercicios recreativos para desahogo del discípulo en el estudio de los anteriores; y todo esto por 25 rs.: nos ha parecido un precio tan en extremo moderado, que solamente una venta muy afortunada puede recompensar las tareas y desembolsos de su recomendable autor, quien manifiesta bien de lleno que á su interés particular prefiere el mayor lustre de su reputacion artística, los progresos del arte, y sobre todo los de los alumnos del Conservatorio. El vice-protector del mismo establecimiento, en vista del informe honorífico que ha dado la junta facultativa acerca del mérito y ventajas del método del Sr. Albeniz, ha mandado adoptarle por texto en la respectiva clase.

No de otro modo se logra la completa prosperidad de las artes en los pueblos cultos. Creemos por lo tanto que solo falta una época de tranquilidad y de abundancia para que la música llene en España los mismos objetos que en otros paises, á saber: recrear el ánimo y acrecentar los intereses materiales.

LAS VAQUILLAS DE SAN ROQUE.



Sepan cuantos vieren la presente de vaquillas que allá en mi lugar (que está en una rinconada de Aragon) hubo en otro tiempo una peste que diz era epidémica, contagiosa, y una porcion de cosas por el estilo. Los hombres morian como chinches, porque los médicos hacian de las suyas, al paso mismo que los boticarios hacian de las agenas, pues convertian sus pocimas en oro, y sin haber hallado la piedra filosofal. Los fieles se daban cada puñada que se hundian *las telas del corazon*; y otros que en vez de darse allí, se daban un poco mas abajo, se metian los nudillos en la parte inferior del estómago, que sin duda de entonces vino aquello de *hacer de tripas corazon*; y entre tanto la peste *ni por esas....* En esto á uno de ellos le vino á las mientes el nombre de S. Roque; pues á este santo bendito le sucede como á santa Bárbara, que se acuerda de ella la gente cuando truena. Dicen, pues, las crónicas (á que me refiero en caso de necesidad) que luego que principiaron los del pueblo á encomendarse al señor san Roque, al poco tiempo principiaron á venir los gorriones: el color del cielo, que hasta entonces habia sido como plomizo, se trocó en un azul mas claro que el de las sayas que llevan las mozas los dias de fiesta, y principiaron á sentirse otras varias señales de alivio, con lo cual la pobre gente principió á respirar; es decir, los vivos, pues uno de los síntomas mas alarmantes de esta epidemia era, que los que morian de ella dejaban de respirar. Tocábanse, pues, los vivos el cuerpo con las manos, y aun asi no querian creer que lo estaban, hasta que desengañándose de que no eran almas en pena, principiaron á volver á sus faenas acostumbradas, ó como diríamos en el dia, se restableció *el statu quo*.

Deseosos, pues, de no parecer ingratos con su santo protector, determinaron obsequiarle anualmente con una misa de tres en ringla, y cuatro con el que fumea, á la cual debian asistir los cabildos eclesiástico y civil de gala con uniforme. Sucedió en esto, como en otras muchas cosas, que habiendo entrado por la iglesia, salieron por el cementerio; pues no bastándoles la funcion de iglesia para desfogar su gratitud, idearon el tener *in honorem tanti festi* una *vaquillada*, y no digo novillada, porque allí acostumbran correr vacas, pues dia que son mas *furas*.

Esta piadosa y loable costumbre se ha ido perpetuando de generacion en generacion hasta nuestros dias, aunque en estos últimos tiempos ha sufrido algunas interrupciones, pues con motivo de los adelantos del siglo y los progresos de la ilustracion se ha conmutado alguna que otra vez en otra diversion menos feroz que la de las corridas, la cual consiste en molerse á palos entre blancos y negros por via de desahogo, como se descalabran los muchachos en las pedreas de moros y cristianos por via de pasatiempo.

Sucedió, pues, hace algunos años, que los señores concejales, que eran todos gente chapada y amigos de los usos antiguos y pias observancias, determinaron tener su miaja de corrida, prévias las formalidades de ordenanza.

Para ello bajaron (por supuesto antes habian subido) de la ermita del santo, que está sobre un cerrito que tiene sendas toesas de elevacion, aunque yo no sé cuantas.

Abrian la marcha una turba de escopeteros que gastaban la pólvora en salvas, dando pruebas de su mucha agilidad y destreza en el manejo del arma, aunque con el pequeño inconveniente de que alguna que otra baqueta se quedase olvidada en el cañon, y saliese luego entre torbellinos de humo: venian en seguida la gaita y tambor alegrando los aires con una música menos bronca que la de las escopetas, un pendon de siete á ocho varas de alto, y la cofradía con varas y velas. Descollaba en medio de ella la efigie del santo con sus conchas y calabaza, y un sombrero de tres picos mas historiado que el de un estudiante de la tuna: llevaba á derecha é izquierda sus dos edecanes, un angel en actitud de curarle la llaga del muslo (por mas señas que habiéndose desencolado de su sitio, hubo que atarlo con vara y media de cinta encarnada á la pierna del santo), y un perro con una coqueta de la tahona, que no de las del tocador. Cerraban la marcha á retaguardia el cabildo eclesiástico y el ayuntamiento: este con todos sus ornatos, y aquel con todos sus ornamentos.

Luego que llegó la comitiva al átrio de la casa de

ayuntamiento, adelantóse hácia su presidente el prioste de la cofradía, empuñando su vara listeada de azul y encarnado, sobre la que se ostentaba una pequeña efigie del santo: desembarazóse de su sombrero de rodela, descubriendo su dura cabeza rodeada de un pañuelo de color, por debajo del cual salian sus mal peinadas greñas como salen las vedijas de lana por los desvencijados flancos de un vetusto colchon. Encaróse con el presidente, y con voz turbada y carrasperosa le dirigió una arenga, solicitando su permiso para correr vaquillas.

Perdonen mis lectores si no les doy un traslado de este documento, pues la distancia á que me hallaba, y el sordo murmullo del impaciente auditorio, que lo que menos le importaba era la arenga, impidió el que llegase á mis oidos aquel dechado de elocuencia veterinaria, que apenas en quince dias de improbo trabajo pudo traspasar á las mientes del prioste la afanosa diligencia del mariscal compositor.

El resultado fué que el señor presidente, despues de haber hecho como que se dejaba convencer, hizo tambien como que lo aprobaba, dando en señal de ello una cabezada, semejante á las que dan los muchachos sobre el Nebrija. Divulgóse en el acto tan apetecida nueva, y el numeroso concurso, que esperaba ansioso la apetecida aprobacion, prorrumpió en espresivas señales de gozo, arrojando al alto los sombreros, y todavía mas altos los gritos de «viva S. Roque y las vaquillas.»

II.

Serian las nueve y media de la mañana cuando ya todo el pueblo se hallaba reunido en la plaza mayor y sus inmediaciones, esperando por instantes el principio de la funcion.

Los balcones y ventanas se veian poblados de numerosos espectadores; y no siendo suficientes aquellos, rebosaba la gente hasta por los tejados. Otros con ánimos mas hostiles ocupaban el centro de la plaza, ostentando briosos sus atléticas formas, capaces de habérselas mano á mano hasta con los formidables brutos con que iban á luchar. Otros mas precavidos habian construido sus parapetos de vigas entre los postes que sostienen los *portegados* de la plaza para salir desde allí á hostilizar al enemigo, y tener un asilo donde guarecerse en caso de apuro. Todas las boca-calles estaban cortadas con puertas y maderos coronados de una turba de muchachos que, asomando las cabezas y brazos por entre sus claros, remedaban muy al vivo un cuadro del purgatorio. Interin que salian á la plaza los cuadrúpedos, entretenianse algunos de los fijados en jugar al toro, recibiendo en vez de cornadas cachetes quizá mas formidables. Dieron por fin las diez, y entonces la autoridad se dignó asomar sus vigotes al balcon, con no poca algazara de los impacientes espectadores, y sacando un pañuelo blanco que tenia el doble obgeto de servir de señuelo, y conservar la policía en sus respetables narices, hizo con él la señal para principiar.

No bien tremoló en los aires el *suprascripto* pañuelo, cuando ya estaban abiertas de par en par las puertas de la carnicería para dar paso franco á un ternerito *septenario*, que era, por decirlo asi, el programa ó prospecto de la funcion.

Nótese de paso, que el ser funcion de vaquillas no escluye para echar algun torito del tenor presente, por supuesto sin bolas ni garambainas, porque eso no se usa entre gente formal: y véase tambien (y valga por segunda amonestacion) en lo que se parecia este novillito septenario á los prospectos y programas, que, sobre ser exagerados por lo comun, rara vez se cumplen exactamente; antes suelen dar gato por liebre, asi como en esta ocasion daba la autoridad al público toro por vaca.

Escasamente habria llegado el robusto animal al centro de la plaza, cuando ya llevaba sobre sus costillas mas de dos docenas de garrotazos que le habian regalado los mozos mas valientes del pueblo, los cuales se hallaban formados á la parte esterior del improvisado toril para hacerle este agasajo á la salida. Pero asi que llegó al medio de la plaza principió á dar tan buena cuenta de su cuadrúpeda y cornúpeta persona, que la dejó con muy pocos lidiadores. Mas estos pocos supieron volver tan bien por el decoro de la humanidad, que á breve rato se hallaba ya el toro sin gana de fiestas, y ellos todavía con ganas de embromarle: á pesar de eso tenia de cuando en cuando algunas salidas *exabruto*, que terminaban con *tozoladas* y *batacazos*. Crecia el número de aficionados á la par que menguaban las fuerzas del toro, y ya principiaban otra vez á descargarle sendos estacazos, ó como si dijéramos *á tomar sobre él la iniciativa*, cuando la autoridad mandó que sacaran los *gueyes* para relevarlo, y por evitar que á su vista misma se cometiese un *toricidio*.

Siguiéronse tres ó cuatro vaquillas por el mismo estilo poco mas ó menos; pero como la relacion de sus fechorías sería quizá demasiado pesada y monótona, dejaremos por un momento las vacas para dar una ojeada sobre las *notabilidades* de la plaza. Entre la ligera cuadrilla de lidiadores llamaba especialmente la atencion un jóven que parecia reunir la ligereza del gamo, la agilidad de la ardilla, la astucia y serenidad de la raposa. Al ver sus formas airosas y livianas, su aspecto siempre alegre, sus ojos vivarachos y saltones, fácilmente le marcará cualquiera por oriundo de las márgenes del Turia. Parchear al toro, saltar al trascuerno, capearlo con un pañuelo, limitándose á un estrecho círculo, todo se lo hallaba hecho con la mayor soltura y destreza: si la vaca acosaba algun indiscreto aficionado, al punto estaba allí para echarle su manta; si sacaban algun *moñaco*, él era el que lo empinaba, y citaba la res para que le embistiese, y sacase sus pajizas tripas. La plaza toda resonaba con sus aplausos, y tanto las bellas como las feas tremolaban sus pañuelos en obsequio suyo. Mas de cuatro mozas se mordieron los labios, diciendo interiormente: «¡*Ah, si hiciera otro tanto mi chico*!» Otras, cuyo corazon se hallaba todavía desalquilado, hubieran dado una pestaña y la mitad de la otra porque el ágil valenciano se hubiera dignado arrojar sobre ellas una amorosa ojeada. Pero en vano, pues las miradas de *Chirivías* (asi llamaban al valenciano) tenian su norte, y este norte era un balcon tercero en uno de los ángulos de la plaza, y en aquel balcon tercero estaba la *Pepica* la *de la Puebla*, una de las mozas mas garridas que habia en mi pueblo y sus inmediaciones, y que venia á ser la estrella polar de aquel norte, que si no tenia un volcan de Yecla, tenia en cambio el corazon de una Pepa, que valia por un volcan. Pero por mucho que Chirivías la mirase, era mas aun lo que la miraba otro mozo que no apartaba de ella la vista ni un momento; y esta nueva brújula, que se dirigia hácia el norte *Pepil* sin la menor declinacion, era *Rompesquinas*, el mozo mas valiente que bebia en aquel tiempo las aguas del Jiloca, y célebre por sus hercúleas proezas en toda la estension del terreno que bañan con sus ondas el Jalon y el Moruables, el barranco de Rivola y las salobres aguas del Peregil. Y era mustio y abatido, ni aun siquiera se habia dignado echar una suerte al toro, y arrinconado en un ángulo de la plaza, frente al balcon de la Pepica, permanecia embozado hasta los ojos en su doble manta (y no porque hiciese frio), y ocultando su ceñuda frente

bajo los anchos pliegues del pañuelo. Al verle con tan adusto semblante, y apoyado contra un poste, se le hubiera tenido por una de aquellas estátuas hercúleas que decoran las antiguas fachadas, aparentando sostener sobre sus hombros las columnas de la portada, y lanzar torbas miradas sobre los que penetran sus umbrales. El ojo menos perspicaz conociera, en la alteracion de su semblante, que alguna pasion violenta le agitaba, y esta pasion era la de los celos que paralizaban sus movimientos, al paso que hacian hervir su sangre con un fuego devorador. Cada aplauso que se daba al valenciano era una flecha que atravesaba su abatido corazon; y cuando le veia dirigir sus obsequios al balcon de en frente, no podia menos de rechinar los dientes de cólera, y temblaba de rabia como un azogado. Lo de menos hubiera sido el desembarazarse de él con una puñada; ¿pero no pudiera eso mismo malquistarle mas con el obgeto de su rústica ternura?

Tales eran los dos *vice-versas* que por distintas rutas aspiraban á un mismo objeto: si el valenciano llamaba la atencion por su movilidad y ligereza, el aragonés atraia la curiosidad por su inaccion y quietismo: aquel dotado de formas graciosas y esbeltas, este otro de una musculatura atlética: aquel ágil, este fornido: aquel risueño, este sério: aquel inconstante y veleidoso, este otro firme y tenaz; y si conforme eran un horchatero y un destripaterrones hubieran sido caballeros del siglo XV, aquel hubiera sido el hijo de Almanzor escaramuzando sobre un corcél, blandiendo su corvo alfange, y adornado de ligera marlota, y este otro el de Machuca de Vargas oprimiendo los bijares de un caballo cubierto de impenetrable barda, manejando la ferrada maza, y cubierto del pesado almete.

Conociendo bien Chirivias el motivo de la inaccion y abatimiento de su antagonista, juzgó oportuno aprovecharse de aquella especie de estupor para jugarle á mansalva una *partida serrana*. Corríase ya la quinta res que era una vaca de cinco años vivaracha y ligera, y todavía Rompesquinas permanecia en el mismo estado de inmovilidad: tres ó cuatro veces habian pasado varias reses por junto á él, sin que ni siquiera se moviese, ó bien porque no advirtiera el peligro, ó porque impávido lo despreciára. Entre tanto Chirivias, despues de haber hecho dos ó tres cabriolas delante del balcon de la Pepica para llamarle la atencion, le dirigió una mirada como de lidiador que toma la vénia de la autoridad, y encaminándose hácia donde estaba la res, la citó, y perseguido por ella se dirigió hácia el ángulo donde estaba el mohino Rompesquinas, y al llegar junto á él dió una media vuelta, dejando burlado al animal y casi frente á frente de su desapercibido adversario.

Al oir este el ruido miró en derredor de sí y vióse enteramente perdido, pues no tenia escape: todos los espectadores prorrumpieron en un grito de terror, y tambien la Pepica dió un alarido, que él distinguió claramente entre los demas, y aquel alarido que penetró hasta lo íntimo de su alma le hizo conocer que todavía abrigaba la Pepica algun interés por él, pues de lo contrario no se asustára por su suerte.

Animado por esta reflexion instantánea, y viendo al terrible animal que ya le embestia, decidióse á una accion desesperada, y despues de arrojarle la manta á los ojos, agarróse á los cuernos de la vaca, y principió con ella un lucha descomunal. Avalanzóse entonces un robusto gañan y principió á tirar de la cola de la vaca con toda su fuerza. «Aparta, *Pacorro* (le dijo Rompesquinas), que quiero habérmelas con ella mano á mano.

—«Ya sabes que Pacorro en jamás te ha dejao solo» y diciendo esto sacaba una navaja de media vara, aborto formidable de las fraguas de Ateca; pero antes que pudiera hacer uso de ella, apretando nuestro atleta los dientes con toda su rabia, y haciendo un esfuerzo horroroso dió con el animal en tierra, *sin agenas intervenciones*, diciéndole con aire de triunfo:

«*á entendimiento me ganarás, pero á fuerza no.*»

III.

La corrida de la tarde habia principiado bajo muy diferentes auspicios, pues la escena habia variado enteramente: ya no era Chirivias el que llamaba la atencion y arrebataba los aplausos, porque su mala accion habia concitado los ánimos en contra suya, y él mismo habia dado márgen á que le suplantase su competidor; y reanimado este con el grito de la Pepica, y la consecuencia que de él sacó le habia trasformado en otro hombre, y recobrado sus abatidos brios.

Ademas, el esfuerzo y serenidad que habia mostrado en la terrible Lucha que habia sostenido, habia provocado en su favor un interés casi general; asi que por donde quiera que iba convidábale la gente *de bota* con el blanco de Cosuenda ó con el tinto de Aniñon, segun eran las facultades de los *de botos*. Hasta los *currutacos* y los descendientes de los antiguos *infanzones* y *mesnaderos*, que aquel dia habian trocado el balcon por la plaza, el baston por el garrote, la levita y las botas por las alpargatas y chaquetilla de lienzo, no se desdeñaban de llevarle á su lado, y le prodigaban el amigable título de *viejo*.

Envalentonado Rompesquinas con tantas distinciones se escedia á sí mismo haciendo á cada paso prodigios de valor, pues para obligar á un hombre á que sea temerario, no hay mejor medio que prodigarle desmedidos aplausos. Poco faltó para que este arrojo no tuviese funestos resultados.

Habia presenciado la funcion de la mañana un aprendiz de sastre, que por tener los pies algo torcidos era conocido con el apodo de *Zambique*. Envidioso de los aplausos que habian conseguido Rompesquinas, Chirivias y otros varios aficionados, ardia en rabiosos deseos de cubrirse de iguales laureles: determinó, pues, tomar en la funcion una parte activa, y hacer todo lo posible para atraer sobre sí las miradas del público; pero era preciso para ello idear un medio estrepitoso, de modo que supliesen el arte y la invencion, lo que impedian la naturaleza y la falta de habilidad. Suelen decir comunmente que todos los *señalados de la mano de Dios* tienen mucha viveza y prontitud para inventar, con lo cual se suple en parte el defecto de su organizacion: sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Zambique ideó en poco tiempo un plan ingenioso á la par que original. Para realizarlo se dirigió á la plaza durante el mediodia, ínterin que las vacas se consolaban á su modo de las averias de la mañana; y ayudado de algunos amigos suyos á quienes reveló parte del proyecto, abrió un hoyo á un lado de la plaza, no sin prévio permiso de la autoridad, metieron en seguida dentro de él una gran tinaja que no era de las célebres del Toboso, sino de las mas robustas de Sastrica, las cuales sino tienen tanta fama, al menos tienen mas barriga, y vaya lo uno por lo otro.

Luego que estuvo bien apisonada la tierra de alrededor y nivelado el piso, de modo que los bordes no sobresaliesen de la superficie del suelo, embutióse en ella el impávido Zambique ni mas ni menos que como se mete un conejo casero en el cántaro que le sirve de gazapera.

Desde aquella trinchera acosaba impunemente al toro con una garrocha, y el pobre animal debia admirarse

(si es que los toros se admiran) de que hasta la tierra le pariese enemigos, como los parió en otro tiempo cuando al señor Cadmo se le antojó el sembrar dientes de culebra. Sucedió, pues, que habiendo atisbado un toro al obgeto estimulante, irritado sin duda de tan baja ossadía, arremetió hácia él con tal ímpetu, que faltó poco para que sucediera un *desastre*, pues apenas le dió tiempo para tirar la garrocha y cubrirse á medias con una tapadera fuerte de madera, que para tales casos tenia al lado.

Pero el toro, que debia sin duda ser gran geómetra, calculó tan bien la distancia, y supo bajar los cuernos tan perfectamente, que de una topetada arrojó por los aires la tapadera hecha pedazos, dejando al pobre Zambique con el agarradero en la mano, agazapado y sin defensa. Mas el toro, ó porque conociese la dificultad de penetrar en aquella sima, ó por no contaminar sus glorias con una victoria *de-sastrosa*, se contentó con volver las posaderas, y tendiendo su cola sobre el espinazo, hizo sobre el vencido cierta cosa, que yo quisiera no tener que indicar ni aun remotamente, en obsequio de la limpieza.

Viendo esto Rompesquinas, y temiendo que el peligro fuese mayor, arrojóse á la defensa del entinajado, que era primo suyo, y como tal le habia cosido y pespuntado los calzones de pana azul con que campaba en aquel momento.

Pero por esta vez la fortuna no le fue propicia, pues queriendo repetir la suerte de por la mañana, y postrar en tierra al toro para subsanar de este modo la afrenta de su pariente, al querer coger las hastas volvióse el toro, y le dió una pequeña cornada en un brazo: y no fue eso lo peor sino que por evitar una cogida se vió en la precision de arrojarse en la tinaja, con no pequeño detrimento de la limpieza de sus vestidos, que se pusieron cual digan dueñas, y aun mas de los huesos de su aturdido pariente, que hubo de esperimentar en esto lo que suele acontecer á los que tienen amigos indiscretos, que creyendo favorecer empeoran á un mas la causa de sus clientes.

Este pequeño incidente dió que reir tanto como el de por la mañana habia dado que admirar, pues todos se alegraron de que terminára en sainete lo que pudo ser tragedia. Viendo entonces el señor Presidente que el caballero Febo se despedia ya para ir á ver otras vaquillas en los antípodas, mandó sacar los cabestros que volvieron al toril conduciendo á su compañero como en triunfo; con lo cual se suspendió la sesion hasta nueva orden, para dar tiempo á que refrescase la autoridad, ínterin que la aristocracia de los balcones tomaba chocolate y agua con *bolaos*, y el pueblo soberano convirtiendo la plaza en merendero esprimia hasta la pez de los botillos: es decir, suspendiéronse las *vacas* para dar lugar á *Baco*.

IV.

Luego que se concluyó el refresco volvióse á anudar el hilo interrumpido de las vaquillas, sacando á la plaza un ternerito de medio año para diversion de los muchachos, y con el plausible objeto de irlos avezando á estas lides: acosado el pequeño animal por aquella diabólica turba, se defendió muy bien por un rato, con perjuicio de los calzones y aun de las pueriles nalgas, hasta que agotadas sus nacientes fuerzas principió á ceder, viendo lo cual la autoridad y los vivos deseos de los ciudadanos adultos de probar que tal se lidiaba *con el compañero*, mandó sacar la última vaquilla, que por cierto no era vaquilla, sino un toro mas grande que un trinquete, para que de este modo ni el principio ni el fin correspondiesen al nombre de la funcion.

Luego que Rompesquinas lo vió en la plaza, deseoso de recobrar el honor comprometido de resultas de la pesada aventura del penúltimo toro, tomó un *cuévano* que le prestaron en el meson, y salió con bizarro continente gritando: «al cuévano al cuévano.» Agregósele una turba de hasta dos docenas de mozos, los cuales se abrazaron de la cintura unos detrás de otros formando una larga cadena en pos de Rompesquinas. Luego que este vió tan bien cubierta su retaguardia, desprendióse de los brazos de Pacorro que le tenia ceñido por la cintura, y se volvió con aire marcial para ver quiénes eran aquellos intrépidos que se habian alistado bajo la enseña del cuévano, pues tan enseña era esta como la mejor de los antiguos condes que alzáran pendon y caldera. Pero viendo entre ellos á su competidor Chiriviss, alzó la voz y con los ojos centellantes de cólera les dirigió, en vez de arenga, la siguiente *orden del dia*....

«Cualquiera que rompa la trena que pague el vino por »toos, y el que no quiera que se vaya mas allá de donde »de jue el Pare Pailla.» Amen, gritaron todos, y Pacorro continuó: «Ea chicos, el que la haga la paga, y »cuidiao con que naide suelte ni recule, porque

Tarazona no recula
mas que lo mande la gula.»

Y volviendo á sujetar con sus fornidos brazos la cintura de Rompesquinas, le dijo con cierta espresion de ternura y valor al mismo tiempo: «ea maño, vamos anduviendo, que la procesion está detuvia y....» No tuvo tiempo para concluir la frase, pues adivinándoles quizá el toro su pensamiento, determinó ahorrarles el trabajo de buscarlo, y se vino para ellos como un cohete. Avalanzóse contra aquella columna cerrada, imágen en miniatura de la falange Macedonia, que le recibió con un grito de ánimo empujando con brio para hacerle retroceder: en vano el toro luchaba contra la boca del cuévano, que apoyado en la barriga de Rompesquinas y sostenido por sus nervudos brazos, le obligaba á conservarse á cierta distancia, pero no respetuosa. Retiróse el toro viendo la inutilidad de sus esfuerzos, y tomando otro partido principió á embestir de flanco con no poco trastorno de los que estaban los últimos, que tenian que recorrer un rádio demasiado estenso, para conservarse siempre á retaguardia de Rompesquinas. Este por su parte se afanaba en presentar al toro su cuévano, pues su obligacion era dar siempre la cara al toro para proteger á los que guardaban sus espaldas: con todo no pudo evitar que huyesen los que estaban los últimos, viendo la ostinacion del toro en no atacar de frente sino por el flanco.

Lo peor fue que asi que se desbandaron embistió el toro con tanta fuerza, que despues de forcejear por largo rato, abandonado Rompesquinas de todos escepto de su inseparable Pacorro, y debilitado algun tanto su brazo por la herida, aunque pequeña, vinieron ambos al suelo, pero sin soltar el cuévano. Levantóse Rompesquinas rápidamente, y avalanzándose hácia el toro que bregaba por desprenderse de una manta que le habian echado sobre la cabeza, le sacudió con el cuévano tan estupendo porrazo sobre los cuernos, que resonó el golpe por todos los ángulos de la plaza.

Atónito el animal con golpe tanto
huye llevando la funesta manta:
condolida la autoridad de su quebranto,
envíalo al toril, y la sesion levanta.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
LABORATORIO DEL SIGLO XIX

Entretanto que la gente se ponia en movimiento pronunciándose en retirada, Rompesquinas se dirigió á la taberna llamando con voz imperiosa á los secuaces del cuévano que encontraba al paso. «Vamos á ver, dijo luego que llegó, ¿quién ha sio el primero que ha flojao la trena? y tres ó cuatro voces respondieron á la vez, «yo no he sio, yo no he sio.»

Aura naide habrá sio, replicó Coscorron con ceñudo semblante, y encarándose con Chirivias que era uno de los del «yo no he sio» le dijo con cierto aire brusco: «siempre habrá sio ese maraco.» «Ese ha sio, él ha sio» gritaron varios de los interpelados deseosos de ponerse ellos á cubierto, aun cuando fuera á costa del precepto de «al prójimo contra una esquina.»

En vano trató el pobre Chirivias de sincerarse, alegando pruebas y testigos, pues Rompesquinas dando la cosa por pasada en autoridad de cosa juzgada, le echó encima toda la ley diciéndole con semblante entre ceñudo y maligno: «Quien tal hizo, que tal pague, pues esta fue la palabra que se dió.»

«Eso no consentiré yo, dijo Pacorro, que delante de mí pague dengun forastero.»

«Pues pagará, que no es forastero, pues está domeciliao aquí.»

«Pues no pagará....»

«Por vida de la mina de Daroca que naide me rechiste porque si llego á coger una estepa....»

«Poco á poco, señores, gritó un alguacil introduciéndose en el corro, ya saben VV. que se ha echao bando pa que naide se meta con denguno, ni denguno se meta con naide.»

«Pues entonces, gritaron varios, que diga el menistro quien debe pagar:» y el alguacil dándose un aire de importancia y revistiéndose de toda la autoridad que le daba su nuevo carácter de juez árbitro y compromisario: «creo, dijo, que se debe tener consideracion con Chirivias en razon á la hespitalidad, aunque en rigor si él soltó él debia pagar, pues la palabra es palabra, y como dice el refran:

al hombre por la asta
y al buey por la palabra.»

V. DE LA F.

EL VALLE DE MI INFANCIA.

A ***

. . . . . .
Celui qui, sur la mousse, au pied du sycomore
Au murmure des eaux, sous un dais de saphirs,
Assis à ses genoux, de l'une à l'autre aurore,
N'aurait pour lui parler que l'accent des soupirs;
. . . . . .
Serait-il un mortel, ou serait-il un dieu?

LAMARTINE.

Tornemos, prenda mia,
Tornemos, si, la huella presurosa
A la enramada umbria,
Dó en auras de ambrosía
Voló la flor de nuestra infancia hermosa.

No mas el mundo quiero,
Ni ese soñar que al ánimo desvela;
Tu dulce amor sincero,
Tu beso lisongero,
Es solo el bien que mi esperanza anhela.

Allí siempre á tu lado
Ceñido el cuello por tus brazos leves,
Suspirando agitado
El pecho enagenado
Cuando tus labios á mis labios lleves;

Mi lánguida mirada
Fija en tus ojos del amor destellos,
Y tu trenza rizada
Muellemente enlazada
En lúbrico tropel con mis cabellos;

Siempre ante ti de hinojos,
Sin respirar mas aura que tu aliento,
Sin mas luz que tus ojos
Siempre en tus labios rojos
Bebiendo amor el corazon sediento;

Irá el alma gozando
Sin que la sed de la ambicion la irrite,
Tantas dichas contando
Cuantas el aire blando
Dulces suspiros murmurando agite.

Ay! Vamos, pues, y el dia
De nuevo, al remontar su lumbre hermosa,
Nos vea ya, alma mia,
En la floresta umbria
Dó nuestra infancia resbaló amorosa.

Nos vea delirantes,
Libres, mi bien, del mundanal desvelo,
En risas incesantes
Gozando palpitantes
Solos con nuestro amor, en nuestro cielo.

RAMON DE SATORRES.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.